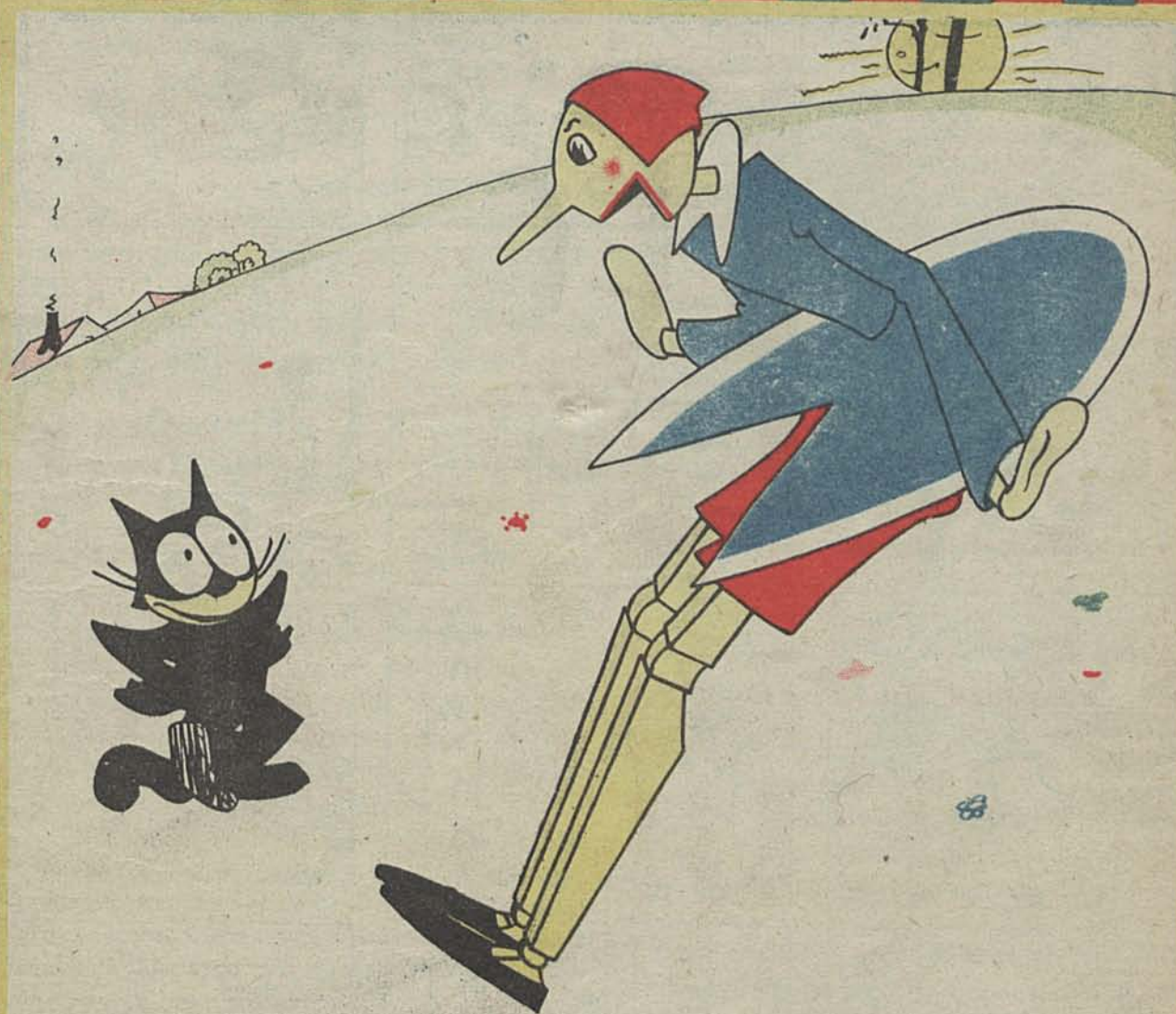


PINOCHO

AÑO VII
NUM. 309

25 cts

18 ENERO
1931



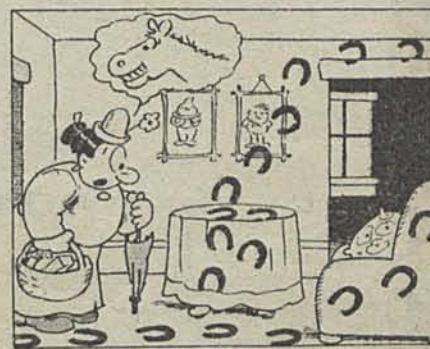
- ¡OYE MORRONGUIS; YO CONOZCO
UN SEÑOR QUE SE LLAMA VERDAGUER!
- ¡SE LLAMARÁ VERDAGER, PORQUE
LA U NO SUENA!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES, AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





(Continuación)

todos por la luz de la lámpara, no tardaron en llegar al suspirado pasaje.

—¿Estáis todos?—preguntó el *indian-agent*.

—No falta ninguno—dijo Jorge, que llevaba consigo el lazo.

—Ahora, adelante y en guardia, no vaya a haber quedado por ahí algún reptil rezagado. Yo no he visto ninguno; pero no hay que descuidarse.

—¡Antes que volver atrás, peleo yo con todas las serpientes del Far-West!—dijo Harris.—¡Basta ya de «Mar Muerto»!

—Ahora dejad en paz los rifles y empuñad los *bowieknife*. Sirven mejor en las luchas cuerpo a cuerpo. ¡Adelante, amigos; a ver si el sol se decide a salir!

La lámpara comenzaba a languidecer por falta de aceite, y los cuatro hombres y Minnehaha, ante el temor de quedarse a oscuras de un momento a otro, con el peligro de pisar una serpiente, lanzáronse a través de aquel pasadizo, que tenía amplitud suficiente y que descendía en pendiente rápida, presentando sus paredes oquedades de distancia en distancia.

El *indian-agent* caminaba con mucho cuidado, mirando atentamente y registrándolo todo, como si temiera ver de pronto alguna serpiente de cascabel. Esos reptiles poseen una agilidad extraordinaria, lo cual les hace doblemente peligrosos.

Después de diez minutos de marcha, y cuando ya la lámpara se extinguía, los aventureros se encontraron al aire libre.

—¡Altol—gritó John—. ¡Tenemos un abismo delante de nosotros!

Aunque todavía no era de día, ya comenzaban a difundirse por el cielo los primeros reflejos de la aurora.

—John—dijo Harris, que se había guardado muy bien de dar un solo paso adelante—, ¿dónde estamos?

—En una especie de cornisa que se prolonga hacia nuestra derecha, y que nos permitirá ganar la Sierra Escalada.

—¿No tendremos, pues, necesidad de rompernos las piernas en el fondo del abismo?

—No; por más que el camino que tenemos que recorrer no es muy llano.

—¿Y dónde se habrán refugiado las serpientes?—preguntó Jorge.

—Estaba buscándolas—contestó el *indian-agent*—. ¡Ah! ¡Vedlas! ¡Están ocultándose en ese pequeño cañón! ¡Si nos dieran un asalto, pobres de nosotros!

Los dos cazadores y *Nube Roja* se inclinaron sobre el abismo, que parecía muy profundo y recorrido por un torrente, a juzgar por los mugidos que se oían. Una larga fila de serpientes iba deslizándose por los bordes del precipicio hasta esconderse en el agujero señalado por John.

—¡Digo!—exclamó Harris, con el cabello erizado—. ¡Si llegan a dar un asalto en la mina! ¡John, vistámonos, y andandol

—No emprenderemos la marcha hasta que hayan desaparecido todas—dijo el gigante.

—Bueno; pero preferiría verme lejos de aquí lo antes posible. ¿Qué habrá sido de nuestros caballos? ¿Los cogerían los indios?

—Cuando visitemos la otra entrada de la mina lo sabremos. Como el huracán fué tan repentino, tal vez escaparan de los lazos de aquellos tunos. ¿Dónde estarán? He aquí lo que yo quisiera saber. Vamos; vestíos, y recorramos esta cornisa, que bordea el abismo en una extensión de

varias millas. Os advierto que puede acometer-
nos el vértigo.

Nube Roja respondió encogiéndose de hom-
bros.

Se sacudieron el polvo de carbón que tenían
adherido a la piel, y se vistieron, aunque toda-
vía tenían el cuerpo chorreando.

Su primera precaución fué cambiar la carga
de los rifles, pues de un momento a otro podía
ponerse a tiro algún animal, y a la hermosa luz
del sol, que había aparecido espléndido como
nunca, se pusieron en camino, bien arrimados a
la pared y ayudándose unos a otros.

La cornisa se apoyaba por un lado en la roca
y por el otro avanzaba sobre el abismo, dejando
un paso muy estrecho, que apenas permitía
atravesarlo a un hombre.

Además, de cuando en cuando aparecía co-
tado por profundos tajos excavados por
torrentes que desaguaban en cavernas que, sin
duda, fueron en otra época asilos de osos grises
y jaguares.

Manteniéndose siempre arrimados a la pared
y ayudándose unos a otros, los cuatro aventu-
reros recorrieron así un gran espacio, hasta que
llegaron a una especie de espolón que formaba
un ángulo agudo.

John, que, como siempre, precedía a los ex-
pedicionarios, se detuvo bruscamente, haciendo
un gesto poco tranquilizador.

—¿Qué has visto, camarada? ¿Vas a asustar-
nos a cada paso?

—No soy un novato en la pradera, ni mucho
menos en la sierra—contestó el *indian-agent*.
gravemente.

—Bueno; ¿y qué has visto? Porque aquí
apenas hay camino para un hombre.

—He oído.

—¿Otra serpiente?—exclamó Jorge.

En vez de responder, John miró al *gambusino*
y le dijo:

—¿Habéis oído algo, vos, que también sois
práctico en estos sitios?

Nube Roja escuchaba a su vez.

—Sí, he oído—dijo.

—¿Como un sordo gruñido?

—Sí.

—¿Tal vez sea un *viejo old ephraim*?

—No sé lo que queréis decir—respondió
Nube Roja—. Para mí, ese gruñido debe ser de
algún *grizzly*.

—¡Un oso gris!—exclamaron a un tiempo
Harris y Jorge, poniéndose pálidos.

—Sí, un oso gris—dijo el indio—. Estad en
guardia. Si nos ataca aquí todos caeremos al
abismo.

—¡Esperadme!—dijo John.

—¿Qué vas a hacer?—dijo Harris.

—Asegurarme de si nos hemos engañado y
está el camino libre.

—¿Solo?

—Busquen ustedes en tanto un refugio cual-
quiera. He visto varias grietas que pueden con-
ducir a cualquier caverna. Tened dispuestos los
rifles, y no temáis por mí: tengo buenas piernas.

El *indian-agent* avanzó, a pesar de las pro-
testas de los dos cazadores, teniendo el dedo
en el gatillo de su carabina, y llegó a la punta
extrema del espolón, que miraba al abismo,
examinando el terreno.

No adelantó más, sino que retrocedió, presa
de un terror difícil de describir.

Un animal enorme, de aspecto ferocísimo,
adelantaba por la cornisa gruñendo y cerrando
con su cuerpo todo el paso.

Era un gigantesco *grizzly*, o, mejor dicho, un
oso gris, que iba, sin duda, hacia su cueva,
situada por aquellas inmediaciones.

CAPÍTULO II

El asalto del oso gris

Los osos negros, pardos o amarillentos, por-
que en la América inglesa se encuentran de
todos estos colores, gozan la fama de ser algo
estúpidos, y no producen en el hombre gran
impresión de espanto.

Generalmente, son animales pacíficos, tran-
quilos y muy pocas veces se enfurecen; pasan

(Continuad en el próximo número).

ANITA BUEN- CORAZON





SOBRE EGIPTO

La gran familia pinochista, a bordo de su descomunal aerobús navega sin cesar por los aires.

Y el mundo se le va quedando pequeño. Tan pronto están sobre América del Norte admirando las grandes ciudades yankis con sus calles formando largas cuadrículas, como sobre la selva africana, pasando por encima de miserables poblados de caribes antropófagos.

Ya cruzan sobre el espinazo de gigantescas cordilleras,



ya sobre el inmenso desierto de agua de los océanos. Y con la misma tranquilidad se detienen a admirar la llanura del Sahara, que la negra boca de un volcán en erupción, o el profundo precipicio de agua de las cataratas del Niágara.

Ellos son así. Les gusta verlo todo, contemplarlo, admirarlo, estudiarlo, comentarlo. No en balde forman parte de la expedición sujetos tan profundamente curiosos como Chonón y tan diligentemente habladores como el sabio buho. Y como la superficie terrestre es tan pródiga en bellos panoramas y en insospechadas sorpresas, se para el aerobús aquí y allá, a cada momento, a cada paso, y se enfilan los catalejos y los objetivos de las cámaras fotográficas, y se afinan los lápices, y los cuadernos se llenan de curiosas e interesantes anotaciones.

En este preciso momento el aerobús dirige su ojo de pájaro a la llanada de Egipto surcada por un larguísimo hilo de plata que es el Nilo. Y los viandantes egipcios, asombrados por el ensordecedor ruido de los motores del aerobús levantan la vista al cielo y se quedan atónitos al encontrarse con la misteriosa y fantástica nave sobre sus tierras.

—¿Vendrá a bombardearnos?—dicen algunos.

—¿Serán gentes de paz?—dicen otros.

Pero esta ansiedad se calma bien pronto al recibir una lluvia de papелitos blancos en los que Pinocho, don Turu, Currinche y Corretón envían desde aquella altura un afectuosísimo saludo a todos los niños egipcios, que, al conocer la noticia saltan de alegría y trepan a las palmeras para ver si desde allí alcanzan a ver mejor a los intrépidos personajes de la gran familia pinochista.

Chonón, impaciente por conocer pormenores del país sobre el cual se hallaban pidió al buho que hablase y éste, tan complaciente como siempre tomó la palabra y dijo:

—Señoras y señores, señoritas y señoritos: He aquí la gran llanura egipcia, cuna de una de las más grandes civilizaciones del mundo y actualmente museo donde pueden admirarse grandiosos monumentos históricos sobre los que pesan más de cuarenta siglos.

La parte Sur de este país, a pesar de que no está aislada del resto de Egipto ni, por tanto, del mundo civilizado



conserva los mismos tipos, las mismas escenas, las mismas costumbres y los mismos trajes qué en el siglo XVII.

—Los mismos trajes de aquel siglo no serán—dijo don Turulato—porque ¡ni que fuesen de pana!

—El que no entienda de estas cosas que se vaya o que se calle—protestaron todos.

—Siempre ha de haber moscardones en estas charlas—agregó Corretón—haciendo girar sus ojos vertiginosamente.

—Afeítese, hombre, afeítese—le contestó don Turu dirigiéndole un mirada de profundo odio—. Debe de hacer mucho tiempo que no pisa una barbería.

—¡Cuarenta siglos!—gritó Laura, la cotorra indiscreta, repitiendo unas palabras que antes dijo el buho.

—¡Miau! ¡Miau! ¡Va a haber cisco!—gritaron Tin y Ton palmoteando de alegría.

Tuvo por fin Pinocho que restablecer el orden en aquel alborotado gallinero e imponer el silencio para que el buho continuase su charla.

Éste siguió: La tierra en esta región es de una fecundidad extraordinaria debido al limo o fango que sobre ella deposita el río Nilo en

sus frecuentes desbordamientos. Constantemente se muestra cubierta de verde, lo mismo en invierno que en verano. Trigo, maíz, palmeras, caña de azúcar, algodón, arroz, tabaco, de todo, en fin, cuanto puede ofrecer una tierra bañada por un intenso sol y abonada por un natural lecho de légamo.

Aun cuando existe una línea de ferrocarril las mercancías se transportan por el Nilo en grandes barcazas que van desde el Delta al Cairo y de este punto a Louqzor. Los viajeros usan indistintamente el tren o la barcaza.

Los vestidos de las mujeres no han variado nada desde hace varios siglos. Claro que me refiero a las mujeres del interior del país que es donde la tradición tiene hondas raíces. Conservan aún la molesta costumbre de llevar la cabeza y cara totalmente cubierta con un largo velo, y sobre la nariz una especie de bobina de cobre o de madra sujeta con hilos a las orejas. De esta bobina pende una tela negra que les llega hasta el talle.

Recorriendo una población egipcia se puede oír de cuando en cuando la melancólica voz del muezín.

—A ver qué es eso de muezín—pidió el inspector desgredándose las barbas.

—El muezín, señores, es el encargado en las mezquitas de llamar desde la torre a los fieles musulmanes para que acudan a la oración.

—¡La campana, hombre, la campana!—dijo don Turulato dándose aire de importancia.

—Eso es—, aclaró el buho—hace el mismo papel que una campana. Las calles están ocupadas por bueyes, camellos, dromedarios y otra porción de animales de tiro y transporte. El camello sigue siendo el compañero del hombre en el desierto. Gracias a su conformación puede, sin fatiga, caminar horas y horas sobre la candente arena del desierto y soportar las más terribles penalidades.

También se ha aclimatado en el Egipto el avestruz que utilizan para arrastre de vehículos ligeros. Hay también búfalos que sustituyen a nuestros bueyes en las faenas del campo.

De la camella obtienen los egipcios una leche que da una exquisita manteca. Aprovechan también su carne, pero no es ya tan apetecible como la leche.

—Bueno, señores, la sopa está en la mesa—salió alborotando Tecla de la cocina—basta ya de charla y a comer.

—¡A comer! ¡a comer!—gritaron todos.

En un momento la terraza de la barquilla quedó desierta. Rugieron de nuevo los motores, se doblaron los timones, y el aerobús continuó majestuoso su viaje por los aires con rumbo desconocido.

En próximos números sabremos adónde van.





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHME Y D. TURULATO



EN CUANTO ME PONGA LA CORBATA TE
DESAFIO A UN PARTIDAZO DE BILLAR DE
CINCO MIL CARAMBOLAS

SE ACEPTA



UN SERVIDOR ES UN JUGADOR DE BI-
LLAR FORMIDABLE. UNA VEZ, CON UNA
SOLA BOLA HICE
CUARENTA MIL CA-
RAMBOLAS

ESO ES UNA
BOLA



¡A VER, MOZO; TRAIGANOS VEINTE
TACOS Y CINCUENTA BOLAS!

Y A UN SERVIDOR UN
CAFETITO CON MEDIATOS-
TADA



¿HAS VISTO, MORENO? YA LLEVO CINCUEN-
TA Y SEIS CARAMBOLAS DE UNA TACADA

SI, SI; PERO ESO DE EMPUJAR
LA BOLA CON EL DEDO NO VALE



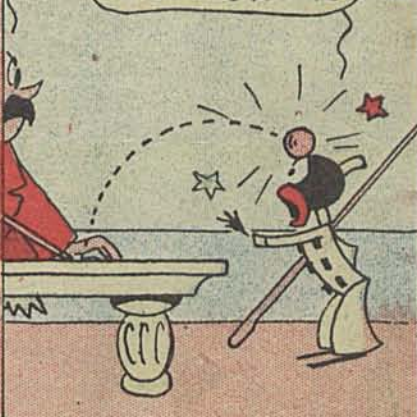
ESTA CARAMBOLA ES DIFICILISIMA PERO
SI NO SE ME ESCAPA VERAS COMO LA HA-
GO

NO SE ESCAPA, NO; QUE LA
TENGO YO SWETA



¡EH! NO VALE PARAR LA BOLA CON LA
CABEZA. ESO ES DE TRAMPOSOS.

¡MI ABUELA! ¡QUÉ CHICHÓN
ME VA A LEVANTAR



NO LO RES, CURRINCHIN, QUE
ESO NO ES NADA, NO TE MIREJ
EL CHICHÓN YASI NO TE LO VE-
RAS

NO, SI YO NO LO VES, PE-
RO LO SIENTO ENCIMA DE
MI



TOMA; AHORA
TIRAS TÚ



¿VES? NO HAS HECHO MÁS
QUE EMPEZAR A JUGAR
Y YA HAS PERDIDO LAS BO-
LAS

ES RARISIMO
¿DÓNDE ESTA-
RAN



SI YALO DICE EL REFRÁN: QUIEN
CON CHICOS SE ACUESTA PIERDE
EL PAN Y PIERDE EL PERRO





COLORÍN Y SU PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

LAS MEDIAS DEL GRAN DUQUE

Dos bribones muy listos llegaron una vez a cierto país en que la gente era tan vanidosa que no se la podía aguantar. El gran Duque, que era el jefe de aquella nación, tenía tal afición por los trajes, que se pagaba más de una casaca bien hecha que de un ministro de talento. Porque es lo que él decía:

—Aquí no hay más hombre talentado que yo; y la verdad es que al frente de este país tan pequeño me estoy malogrando.

La verdad sea dicha, sus estados no eran muy extensos, pues no tenía más que una población y unas cuantas casitas en el campo. El ejército se componía de diez soldados, mandados por un ministro de la Guerra, cuatro generales, doce coroneles, veinte comandantes y cincuenta oficiales, de manera que no tocaban ni a un dedo de soldado por barba.

Una vez que tuvieron una contienda con un estado inmediato, cayó un soldado herido de un resbalón, y todos echaron a correr, gritando que los habían diezmado, y pidieron cruces y ascensos por aquel heroico combate.

Los dos bribones de nuestro cuento se presentaron al gran Duque, diciéndole que le iban a hacer unas medias tan finas que sólo pudieran verlas los listos y los honrados.

—Serán tan finas, que la preciosa piel de vuestra alteza no se enterará de que lleva una envoltura, y además podrá apreciar si hay en su reino personas de entendimiento y de honradez.

El gran Duque estuvo a punto de bailar de gusto, porque, además de llevar unas medias elegantes, pensaba poner a prueba el entendimiento y fidelidad de sus cortesanos, y muy especialmente del sabio Chirigotas, al que odiaba con todo su corazón, porque nunca le había adulado, y hasta parece que había dicho que el gran Duque era un poco arrimado a la cola.

—Yo arrimado a la cola—exclamaba con ira su alteza—, cuando al montar a caballo voy pegado al

cuello. A él sí que le voy a hacer atar a la cola de un burro, para que vea quién se arrima más a la cola.

Por eso, cuando oyó lo de las medias se puso muy contento, pensando que don Chirigotas no las vería, porque era corto de vista, y tan pobre que no podía comprar gafas.

—Como no se dé un puñetazo en cada ojo no va a ver las medias, y entonces yo le haré pasear por la población con unas enormes orejas de pollino que el maestro me prestará para este caso. ¡Ya le daré yo cola, aunque sea la del carpintero!

Comenzaron los dos bribones a hacer como que trabajaban en el tejido de las medias, pidiendo para su confección seda y más seda, oro y más oro, que iban secretamente reduciendo a dinero. Tanto pidieron, que el gran Duque se escandalizó, creyendo que iban a ser las medias tan largas que le iban a llegar hasta el pescuezo.

Enviado el primer ministro a ver cómo iba la obra, los dos pillos le enseñaron el telar vacío como si en él estuvieran las famosas medias del gran Duque; y aunque nada vió por mucho que se limpió las gafas, no queriendo confesar que era un tonto o un granuja, alabó con entusiasmo las labores de aquellas invisibles medias.

—Lo que más me gusta—decía el mentecato—es el calado, que parece que no hay nada a primera vista, y a segunda tampoco; pero luego se ven unos dibujos maravillosos. Corro a dar cuenta a su alteza.

Cuando los bribones se quedaron solos rieron mucho de la simplicidad del ministro, y decidieron seguir adelante con el engaño.

—Señor—exclamó el primer ministro cuando volvió al lado del gran Duque—, ¡qué medias!, ¡ahl!; ¡qué dibujos!, ¡ohl!; ¡qué calados!, ¡uhl!

Y los cortesanos repitieron a coro:

—¡Ahl, jehl, lihl, johl, juhl!

El gran Duque preguntó por lo bajo a su primer ministro:

—¿Pero has visto algo?





El primer ministro miró con aire receloso al gran Duque y antes de pasar por necio o por pillo prefirió decir que las tales medias eran dos maravillas de seda sin mezcla de algodón. Al día siguiente los tejedores enseñaron al gran Duque su fingida obra, haciendo como que la sacaban de una espléndida caja y mostrando las medias a la asombrada corte, que en vano se restregaba los ojos para tratar de ver algo.

Como no había nada, no era posible ver la menor cosa; pero ¿quién se atrevía a pasar por tonto o por granuja cuando el primer ministro hacía como que palpaba el maravilloso tejido de aquellas medias singulares? Todos alabaron la buena hechura, el elegante corte, lo bien combinado de los colores y, sobre todo, los calados; en eso estaban todos conformes.

A todo esto, el gran Duque miraba con mucha escama a tejedores y cortesanos, ignorando si le estaban dando un bromazo, o si, en efecto, aquellas medias tenían la virtud de no ser vistas más que por los honrados o los listos.

Como nada veía, y en cambio sus cortesanos contemplaban embobados aquella que decían obra maestra, el pobre hombre se sintió desfallecer, y dijo para su colete:

—Si tendrá razón don Chirigotas, y seré más bruto que mi abuelo, que era un marmolillo. La verdad es que no veo nada.

Su orgullo le impidió decir lo que sentía, y así fué que, haciendo como que cogía las medias consabidas, dijo a los tejedores:

—Los colores son bonitos y están bien combinados; pero el tejido no es tan fino como me decían, y temo que me molesten algo.



—Señor—dijeron los dos bribones—, podemos garantizar a vuestra alteza que no le harán daño las costuras ni los pliegues.

Aquella tarde hubo recepción, y el gran Duque se puso, es decir, hizo como que se ponía las medias maravillosas, lo cual quiere decir que salió con las piernas al aire.

Los cortesanos alabaron mucho el

buen aire con que las llevaba puestas; y eso que, como hacía frío, el pobre tiritaba y tenía la carne de gallina.

En esto penetró don Chirigotas en el salón, y al ver al gran Duque con las zancas al aire no pudo menos de soltar la carcajada.

—¿De qué te ríes?— preguntó el gran Duque—. ¿Acaso no ves mis medias? Entonces eres un tonto de capirote.

—Sé toda la historia—dijo don Chirigotas sin cesar de reírse—, y los necios o los pillos son los que afirman que ven lo que no existe.

El gran Duque no sabía qué hacer, y se dió un pellizco en una pierna queriendo coger la media; pero lo que se hizo fué un cardenal tremendo.

Aquella prueba decisiva resolvió el asunto, y el gran Duque, irritado contra los granujas que le engañaron, hizo salir al ejército en persecución de los pillos; pero ni este servicio pudo prestar el ejército, pues se habían fugado.

No dejó de aprovechar la lección el gran Duque, el cual destituyó por farsante a su primer ministro, poniendo en su lugar al sabio don Chirigotas.

Aquel que quiera engañar por vanidad o por miedo, al fin se ha de fastidiar como los de nuestro cuento.



PARA PASAR EL RATO

EJERCICIOS DE OBSERVACIÓN



¿Quieres saber si eres capaz de dar cuenta exacta y completa de los sucesos que presencias...? Pues cuelga el dibujo de la pared y míralo durante un rato. Es evidente que se trata de un accidente de automóvil. Cuando lo hayas mirado durante treinta segundos, mira si puedes contestar a las siguientes preguntas:

¿Qué clase de coche chocó con el camión?

¿Qué gente iba en él?

¿Qué hora era cuando tuvo lugar el accidente?

¿Hay algún indicio de que alguno de los dos conductores intentase detener la marcha para evitar el choque?

¿Qué número lleva el coche?

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ENERO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Caperucita Roja
J. Amalia Usoz



La lechera
Rosa Calvo



Silueta.—Luis Vélez



Príncipe indio.—Una argentinita



Perfil
Carmen E. Morán



Un señor leyendo
Juan Trochut



Ramona
por J. Amalia Usoz



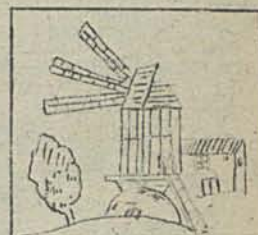
La dama
del pañuelo
J. Amalia Usoz



Un pez
Andresito Ruiz de la Rosa



Retrato.—J. Cordero



Paisaje.—Francisco Dellano



Para el título.—José J. Díaz



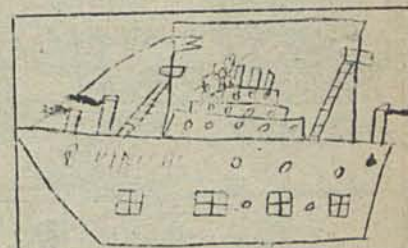
Una aldea.—Salvador Pérez



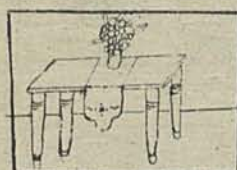
Don Turulato
V. Murillo



Una rosa
Teresa Antolínez



Barco.—José García



Una mesa
Cayetano Vivas



Aurora
Inés Jaraquemada



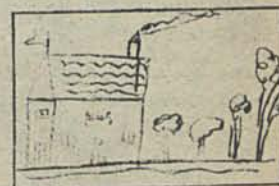
Barcelona
Teodoro Mestre



Mujer
Manuel Lozano



D.ª Fortuna y don Dinero
Francisco García



Aldea de campo
Carazo



Disfraz
Carmen E. Morán



Toros. J. Cordero



La finca de Pinocho.—Salvador Pérez



Pinocho y una abuelita
José J. Díaz



Don Turulato
V. Murillo



Campešina
J. Amalia Usoz



Un jardín.—J. E.



Caballo
Guillermo Virallé



Don Toribio
Angel Carmona



Explorador
V. Pardo



Dios indio
Francisco Gómez



Mi prima
D. Pacheco



Un amigo
E. E. Briz



Molino
Antonio González



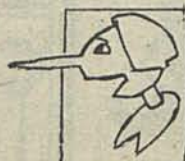
Currinche
M. Díez



Dempsey
Rafael Melero



Pirula
Purita Hergueta



Pinocho
Purita Hergueta



Piel Roja
Angeles Alcalde



Una belleza de Larache
Agustín Roig



Don Turu
J. Moya



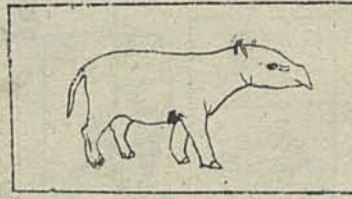
Pato
Carlos M.ª Meana



Jarrones.—F. Mayán



Una chinita
Joaquina Callet



Paleoterium.—Nicolás Moyá



La novia de Pinocho
Antonio Bernardo



El caballero del Cisne
Victoriano Pardo



Elefante.—Carlos de Serra



Marina. Carlos Talamas



Marina
Juanito Talamas



El pájaro
Alberto Rubio



Boxeadores
Alberto Rubio



Casa de campo.—Alfredo Montilla



Un zorro
F. P. Miravete



Gallo.—Lucio Rico



Boxeo.—R. Melero



La bruja Gotorrolitz
Carlos M.ª Meana



Una japonesa
Angelina Pelegrín



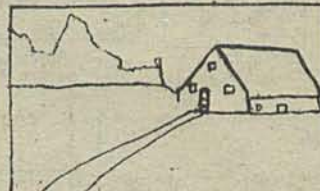
Los novios y su séquito.—Germán González



Un tiesto
M.ª Luisa Maestro



Mi abuelo
J. Espona



Casa de campo.—Rafael Herías



Un pianista
Victor Andresco



Pinocho
J. Berratué



Un elefante
Angelina Pelegrín



Perfil
A. Roig



Mi auto.—Andrés S.



Un pato
Angel García



Da perfil
A. Roig

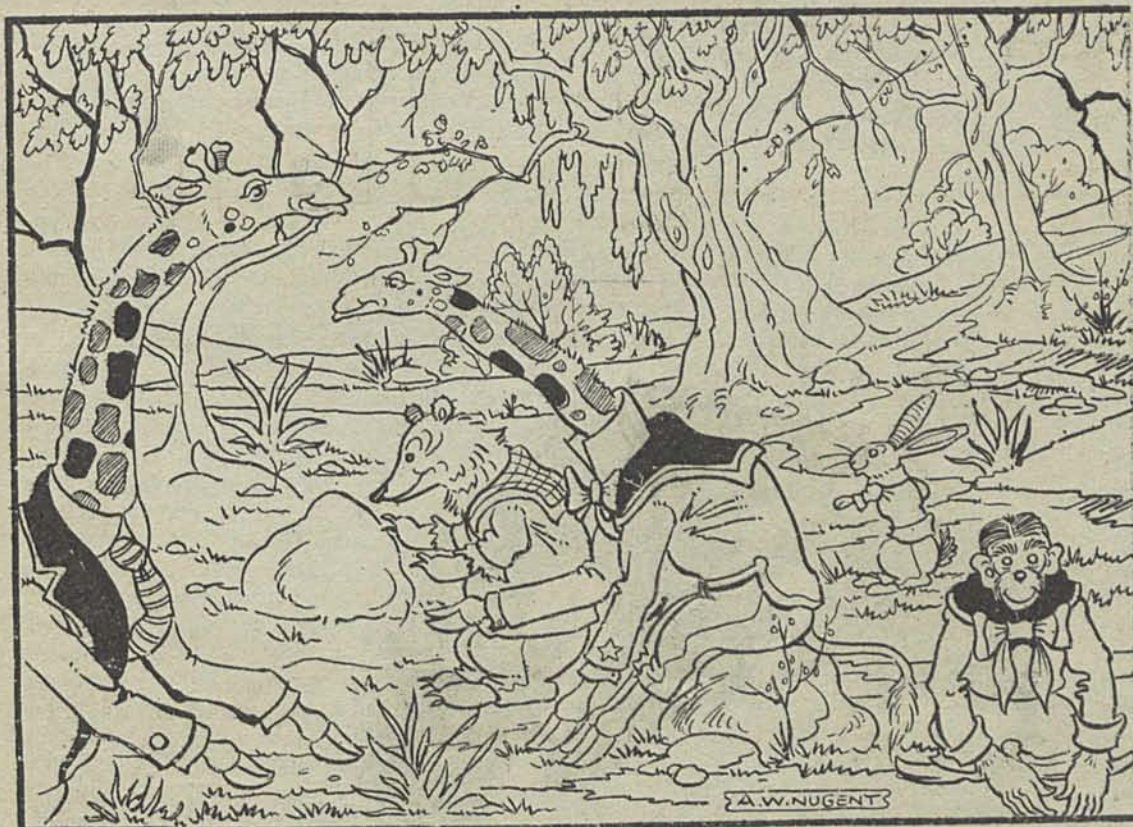


Navio del siglo XIV
Eduardo G. Arnau

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ENERO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS EOS ELEFANTES

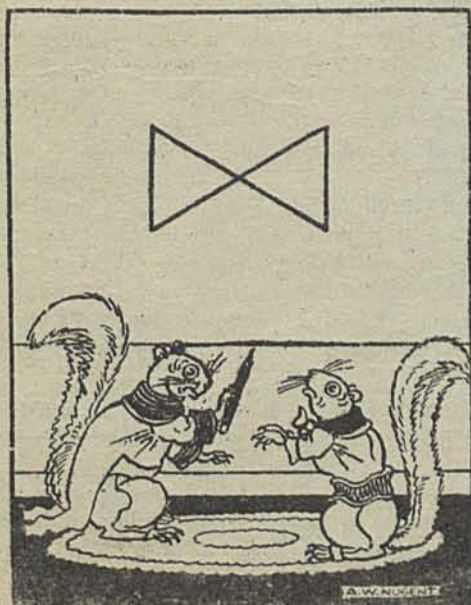


Estaban en agradable tertulia dos jirafas y un oso cuando de repente oyeron entre la maleza unos ruidos misteriosos.

Miraron rápidamente en la dirección que sonaban los ruidos y vieron que, quienes los producían eran dos mansos y pacíficos elefantes.

¿Podéis indicar vosotros dónde están los tales elefantes?

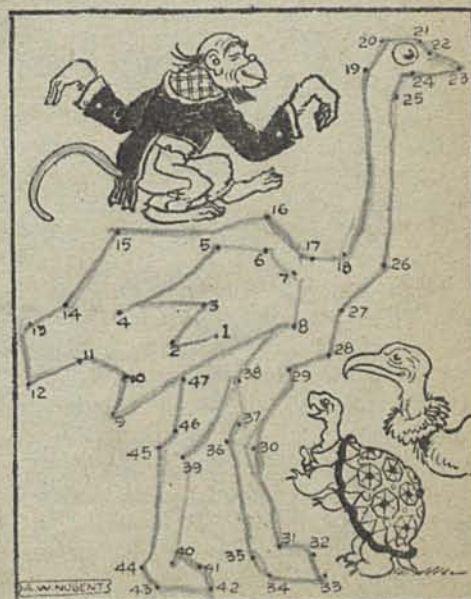
LOS OCHO TRIANGULOS



Si queréis saber quién es «Patás Largas» unid los números con líneas empezando en el número 1 siguiendo el correspondiente orden.

Se trata de, aprovechando los dos triángulos que veis en el dibujo y trazando el menor número de líneas, formar ocho triángulos completamente iguales.

PATAS LARGAS



Sección Pirula

Charles de Pirula... bordadora

Montserrat y los cisnes

Apuesto que adivino cuáles son los cuentos que prefiere cada una de mis Pirulindas, o por lo me-



nos algunas de mis Pirulindas.

Naturalmente, se trata solamente de cuentos célebres como los de Andersen, de Perrault, de Grimm... o de Pirula.

Por ejemplo, Anita, que es tan dormilona y a la que cuesta tanto trabajo sacar de su camita por las mañanas ¿qué cuento ha de preferir sino el de «La bella durmiente»? No hay cuidado de que Anita se apiade de la pobre princesita encantada por la mala bruja; al contrario, le da envidia de aquella niña que pudo dormir cien años sin ser molestada.

El de la Cenicienta tiene que gustarle más que ninguno a Rosarito que está orgullosa de su pie chiquitín y se pregunta a veces si no le valdrá a ella también algún día, el enamorarse a un príncipe; claro que la Cenicienta logró ser princesa después de pasar toda la primera parte de su vida trabajando en la cocina y sacrificada por sus hermanas, lo cual en verdad no es muy envidiable. Nada, nada, por mucho que le guste a Charito el cuento de la Cenicienta, seguramente renunciará sin pena a la idea de casarse con un príncipe cuando sea mayor, con tal de seguir siendo por ahora una niña mimada.

A Luisita que es tan charlatana (tanto que cuando está sola habla con las paredes y, cuando se acuesta, con la almohada) le es simpatiquísimo el personaje de Caperucita encarnada, la nena que debía de ser aún más habladora que ella puesto que, con tal de hablar, pegaba la hebra hasta con los lobos que se encontraba de camino. Claro que Luisa no habla con los lobos.

No olvidemos a los hermanos de mis Pirulindas; Pepín que se desespera porque a los once años apenas aparenta ocho, tiene seguramente una gran predilección por Pulgarcito, el niño menudito que venció a un gigante, con lo cual demostró ser tan valiente e ingenioso como el propio Pepín.

En cuanto a Montserrat, elegiría el cuento del pato que...

A lo mejor, no habéis oído nunca este nombre; pues no se trata de ningún diminutivo, sino de un nombre que, por cierto es bastante corriente en Cataluña, donde existe una gran devoción por la Virgen de Montserrat que tiene su santuario cerca de Manresa.

Por allí precisamente, vive mi Pirulinda Montserrat que lleva bien su nombre, no solo por ser catalanita, sino además porque es casi tan negra como su patrona, a quien suele llamarse «la virgen morena».

Y esto último es precisamente el motivo por el cual me sospecho que Montserrat elegiría el cuento de Andersen, cuyo protagonista es un patito muy feo que después de haber sido durante toda su infancia, blanco...

No, ya sé que el patito feo no era blanco, sino gris, de un color grisáceo, horrible; digo que fué blanco de las burlas y los desprecios de sus compañeros y que luego se vuelve blanco, pero blanco de color; como que resulta que no era un pato sino un magnífico cisne, de cuello largo y flexible y de plumas deslumbradoras.

¡Oh! cuanto le gustaría a Montserrat vivir semejante aventura. No precisamente volverse cisne, pues debe de ser bien aburrido no poder hablar, y bien molesto tener alas en lugar de brazos, y bien desagradable tener que tragarse las migas de pan que les echan los niños a los cisnes, cuando a ellos les sobra merienda.

Lo que envidia Montserrat en el patito feo de Andersen, es que se vuelve blanco; ya sabe ella que el ser morena que nunca fué defecto, es hoy una belleza que otras niñas—y mayores, por supuesto—buscan y consiguen a fuerza de tostarse al sol. También sabe que ella con sus ojos negros y brillantes que parecen de azabache, su pelo más oscuro que el ala de los cuervos, y su piel de mulatita, está preciosa.

Pero—y esto si que no sabe por qué—a ella le gustaría ser blanca, rubia y de ojos azules como lo eran las princesitas en los tiempos en que acontecían las aventuras maravillosas que refieren los cuentos infantiles.

Dudo mucho que mi Pirulinda Montserrat se vuelva nunca blanca de pronto, lo cual además sería una lástima pues no estaría seguramente tan bonita como ahora.

Pero, en fin, ya que tanto la atraen los cisnes (sea dicho de paso, también hay cisnes negros) he dibujado dos en un medallón para que se entretenga en bordarlos evocando al pato del cuento.

El bordado que sirve de fondo al motivo de cisnes, puede hacerse a punto de zurcido, en color, sobre tela blanca; de este modo, los cisnes, de los cuales solamente se borda el contorno y a punto de cadeneta, quedan perfectamente blancos, blancos, como el pato de Andersen cuando deja de ser blanco... de burlas y desprecios, blancos, en fin, como a Montserrat le gustaría tener el cutis.

